



Estaba Yatzil,
picando perejil,
cuando llega la catrina y le dice:
¿Cómo me veo con ropa juvenil?
Contestó Yatzil,
de forma sutil:
Creo que no es mucho tu estilo.
¿Quieres que le agregue al atole piloncillo?
La huesuda calló en la razón,
vestirse de esa forma no alegraba su corazón,
además le causaba comezón,
así que se la quitó sin presión.
Volvió cambiada a su ropa usual.
La habitación tenía olor a copal,
pues Yatzil hacía su altar anual,
para ella, una fecha especial.



“Le hago un altar a mi abuela,
el amor de mi vida, quien ahora en el cielo vuela.”
Dijo Yatzil mientras acomodaba una tela
y la huesuda bebía de su taza con cautela.
El champurrado era el favorito de ambas,
por eso disfrutaban de las frías fechas.
Acomodaron las veladoras,
y de ellas prendieron mechas.
Admiraron orgullosas su trabajo,
pues de perfeccionistas tenían complejo.
Llegando el catrín observó perplejo
pues ese altar de belleza era espejo.
Tomaron fotos para subir a redes sociales,
hay que presumir las herencias culturales.
Yatzil se emociona por eventos típicos nacionales,
porque México tiene las mejores tradiciones.

OLVERA VELAZQUEZ